Fragments d'*Heroides, Amors, Art amatòria. Remeis a l'amor, Tristes* i *Pòntiques* d'Ovidi

Exercici 1: Tot seguit hi ha diversos fragments de les obres d'Ovidi. Llegeix-los atentament i identifica l'obra de la qual han estat extretes.

¡Oh!, tú, tan hábil en poner orden y concierto en una cabellera descompuesta y que no debías pertenecer a la humilde clase de las sirvientas; tú, tan conocida por la sagacidad con que preparabas secretas citas nocturnas, como ingeniosa portadora de tiernas misivas; tú, que a fuerza de exhortaciones pusiste tantas veces en mis brazos a la indecisa Corina, y que en medio de mis percances siempre me has sido fiel, recibe y entrega a tu ama por la mañana las tablillas que acabo de escribir y triunfe tu diligencia de cualquier obstáculo. [...]

Mientras hablo, la hora huye; entrégale estas tablillas en el momento que la veas desocupada, pon la mayor diligencia en que las lea solícita y observa sus ojos y su frente al leerlas, porque en su callado semblante podrás adivinar la respuesta; ves corriendo y suplícale que conteste largamente a mi misiva; me disgusta que la blanda cera deje grandes espacios sin signos y prefiero que las líneas estén muy apretadas y la vista se detenga mucho tiempo en leer lo escrito hasta el extremo de los márgenes. ¿Mas qué necesidad hay de rendir los dedos manejando el estilo? Que en toda la tablilla sólo aparezca esta palabra: «Ven.» Entonces no retardaré ceñir de hojas de laurel mis tablillas vencedoras y suspenderlas con esta inscripción en el templo de Venus: «Nasón consagra a Venus las fieles confidentes de sus cuitas que antes fueron un tronco vil de acebo.» **(, VII)**

Si no, tengo la intención de derramar mi vida: conmigo no puedes ser cruel durante mucho tiempo. ¡Ojalá vieras mi imagen mientras escribo!

Escribo y en mi regazo hay una espada troyana, y por las mejillas se deslizan las lágrimas hacia la espada empuñada, la que pronto se teñirá de sangre en lugar de lágrimas. ¡Qué bien le viene a mi destino tu regalo! Con poco gasto preparas mi funeral. Y no es ahora la primera vez que un dardo me hiere el pecho: ese lugar tiene la herida del cruel Amor. Ana, hermana mía, Ana, hermana mía, cómplice desgraciada de mi culpa, pronto ofrecerás a mis cenizas las últimas ofrendas. Y, consumida por la pira, no se diga <<Elisa de Siquo>>. En el mármol de la tumba sólo se lea este epigrama: <<Eneas le dio el motivo para morir y la espada: Dido misma se mató con su propia mano>>.

(, VII)

¿Qué tengo que ver con vosotros, escritos desventurados, frutos de mis vigilias, yo que sucumbí de modo miserable por culpa de mi ingenio? ¿Por qué reanudo el trato con las Musas, que constituye mi delito y motivó mi falta y mi condenación? ¿Acaso no me basta haber atraído una vez el castigo? Mis poemas, de infausto sino, hicieron que hombres y mujeres se apresurasen a conocerme y que el mismo César notase mi persona y costumbres, después de poner los ojos en *El Arte de amar*. Quítame la manía de componer versos y borrarás todos los errores de mi vida. Reconozco que sólo en ellos soy culpable. He aquí el fruto que he recogido de mi inspiración, mis afanes y mis laboriosas vigilias: el destierro. **(, II)**

No reprochéis nunca los defectos de una joven; el haberlos disimulado fue a muchos de gran utilidad. Aquel que llevaba un ala en cada pie no reprobó en Andrómeda el color del semblante. Andrómaca sorprendía a todos por su talla desmesurada, pero Héctor encontró que no pasaba de la regular. Acostúmbrate a lo que te parezca mal y lo conllevarás bien: el hábito suaviza muchas cosas y la pasión incipiente se alborota por una nonada. [...] Dulcifiquemos con los nombres los defectos reconocidos: llamemos morena a la que tenga el cutis más negro que la pez de Iliria; si es bizca, digamos que se parece a Venus; si pelirroja, a Minerva; consideremos como esbelta a la que por su demacración más parece muerta que viva; si es menuda, di que es ligera; si grandota, alaba su exuberancia y disfraza los defectos con los nombres de las buenas cualidades que a ellas se aproximan.

(, I, v. 629-656)

Acudid a mis lecciones, jóvenes burlados que encontrasteis en el amor tristísimos desencantos. Yo os enseñaré a sanar de vuestras dolencias, como os enseñé a amar y la misma mano que os causó la herida os dará la salud. La misma tierra alimenta hierbas saludables y nocivas y a menudo la ortiga crece junto a la rosa. La lanza de Aquiles sanó la herida que ella misma infirió al hijo de Hércules. Cuanto advierto a los mancebos, creed que lo digo también a las muchachas; doy armas a las dos partes contrarias. **(, I)**

Ático, cuya fidelidad no me inspira la menor sospecha, recibe la carta que Nasón te envía desde el Íster helado. Y bien, ¿te acuerdas aún de tu infeliz amigo, o ya no te cuidas de su tristísima situación? ¡Ah!, los dioses no me son tan adversos que me incline a creerlo; imposible que me hayas olvidado tan pronto. Ante la vista tengo siempre tu imagen, y los rasgos de tu rostro fijos en mi pensamiento. [...]

Sin embargo, haz por evitar que las gentes se burlen de mi engañosa confianza y afirmen que he sido víctima de mi necia credulidad; protege al antiguo amigo con tu probada constancia todo lo posible y en tanto que no te sea gravoso. **(, IV)**